

« Los mismos jueces se veían obligados con grande pena á usar de este rigor, y á ser ministros de tan deplorable calamidad. Por lo que á mi toca, cuando veía á tantas mujeres y jóvenes de elevada condición, educadas con tanta delicadeza en suntuosos palacios, y que entónces no tenían otro lecho que la desnuda tierra, y que en lugar de los criados y del esplendor que acompaña á las grandes fortunas, abrazaban ahora humildemente las rodillas de aquellos que tenían algún ascendiente sobre los jueces, pidiéndoles que intercediesen por ellas : cuando veía, digo, esta mudanza tan extraña, no podía ménos de decir con Salomón : *Vanidad de vanidades, y todo vanidad.*

« Estas tristes escenas traían á mi memoria los juicios de Dios. ¿ Como es, me decía yo á mí mismo, como es, que una madre ni una hermana, aunque inocentes, no pueden obtener nada en favor de los criminales ? ¿ Quién se declarará en favor nuestro en aquel día espantoso ? ¿ Quién nos librará de los suplicios eternos ?

« Sin embargo, cuando llegaba la noche, sobrevenían nuevas inquietudes acerca de los sucesos del día siguiente. Todos pedían á Dios que inspirase á los jueces la dilación del juicio de los culpables, y que los enviasen al emperador, animados de la esperanza de que la tardanza pudiese variar la marcha de las cosas. La Iglesia unía sus oraciones á las de los particulares, y pedía á Dios que fuesen absueltos los restantes, y que impidiese la completa destruccion de Antioquia. Por último, los jueces se apresuraron á dar por terminado su cometido, y decretaron la prisión de todos los culpables. Entónces se vió pasar por la plaza á aquellos que ántes sostenían caballos para la carrera, y que premiaban á los que vencían, se les veía, digo, cargados de cadenas ; mientras que sus bienes eran confiscados, y sus mujeres, entregadas á la desolación y arrojadas de sus casas, se veían obligadas á buscar un retiro que apénas

podían encontrar porque todos temían hacerse sospechosos recibéndolas en sus casas. »

Tal es el relato que hace san Juan Crisóstomo del estado deplorable del pueblo de Antioquia á consecuencia de la sedición, y en estas tristes circunstancias, en que todos procuraban librarse de las desgracias que amenazaban á la ciudad, es cuando los solitarios de los desiertos vecinos dejaron las cabañas y cavernas en que habitaban para venir á consolar á los afligidos é interceder por los culpables. Pasaron el día á la puerta del palacio, y declararon que no se retirarían hasta que los jueces hubiesen perdonado al pueblo. Estos les manifestaron que no estaba en sus manos la gracia que solicitaban, y que era peligroso dejar impunes semejantes excesos ; pero los monjes se ofrecieron á pedir por sí mismos la gracia al emperador, cuya piedad y clemencia conocían, asegurando que la conseguirían. Viendo los jueces que se disponían á emprender el viaje á Constantinopla, les hicieron esperar á que el emperador concediese la gracia, para lo cual le dirigieron una solicitud por escrito.

Entre todos los monjes distinguióse san Macedonio : pues habiendo encontrado en una de las calles de la ciudad á los dos comisionados del emperador, los detuvo suplicándoles que bajasen de sus caballos. Indignáronse en un principio, viéndose detenidos por un viejo de pequeña talla y cubierto de andrajos ; pero algunos de los que les acompañaban les hicieron ver quien era, y al punto desmontaron de sus caballos ; se excusaron de su falta de atención : le besaron la mano y abrazaron sus rodillas. Entónces les dijo estas hermosas palabras, que fueron dirigidas á Teodosio, é impresionaron su corazón. « Ilustres señores, escribid al príncipe, diciéndole, que si es emperador, no olvide que es hombre, y que sus súbditos son también hombres hechos á imágen de Dios : que hay una gran diferencia

entre las estatuas inanimadas y las imágenes vivas de Dios : que si ha sido tan sensible á la injuria que se ha hecho á las de su esposa, no debe hacerse mayor á las de Dios destruyéndolas : que las estatuas de bronce que se han destruido pueden renovarse ; pero con todo su poder no llegará nunca á dar un solo cabello á los hombres que se hagan morir. »

Este discurso, superior á la capacidad de un hombre ignorante y rústico, no pudo ménos de impresionar á los comisarios. En efecto, ya hemos dicho que san Macedonio era muy sencillo ; que carecia de estudios y de conocimiento en los negocios ; pero el espíritu de Dios puso en su boca estas palabras, que los comisarios prometieron comunicar al emperador, y que no contribuyeron poco á obtener el perdón de esta ciudad afligida.

Es preciso oír sobre este particular á san Juan Crisóstomo, que con su ordinaria elocuencia realza la generosa resolución de san Macedonio y de los demás solitarios, y toma ocasión para demostrar la superioridad de la virtud cristiana sobre la de los filósofos paganos, que en estas circunstancias se mostraron cobardes, yendo á refugiarse en las cavernas ; mientras que los monjes dejaron las suyas para exponer su vida en la ciudad.

« Nos hallabamos amenazados, dice, de mayores males : esperabamos que nuestros bienes fuesen confiscados, que fuesen destruidas nuestras casas juntamente con sus habitantes, y que el arado pasase sobre las ruinas de nuestra ciudad. Pero Dios nos ha librado de tanta desgracia, y por un exceso de su bondad ha añadido nuevos beneficios, haciéndonos más prudentes con los males que hemos sufrido. ¿ Como es esto ? Vedlo aquí. Cuando los comisarios del emperador hubieron comenzado sus informaciones, y subieron á su inexorable tribunal para hacer comparecer á los culpables, todos esperaban morir ; pero de pronto los

monjes que hacía muchos años habitaban las montañas vecinas, aparecen como ángeles enviados por Dios, y se confunden entre nosotros para socorrernos. No hubo necesidad de que se les excitase : las desgracias que nos amenazaban fueron como la señal que les hizo acudir de todas partes, pudiendo entónces decirse con toda verdad que nuestra ciudad era una imagen del cielo por encontrarse llena de santos. Su presencia bastó para consolar á los afligidos é inspirarles ánimo. Bastaba verles para no temer ya la muerte. »

« Pero lo más admirable era ver con cuanta generosidad hablaban á los comisarios en favor de los culpables. Protestaban que se hallaban dispuestos á dar su sangre por salvar la vida de estos infortunados : que no se retirarían hasta que se les perdonase, ó que se les permitiese ir la corte para pedir la gracia al mismo emperador. »

« Nuestro príncipe, decían, es dulce y piadoso, y no permitirá que mancheis vuestra gloria con la sangre de estos habitantes, ni que hagais morir á ninguno. Si sois inexorables, queremos morir con ellos. Es verdad que ha sido grande su atentado, pero nunca es superior á la clemencia de un príncipe. »

« Se refieren unas palabras llenas de sabiduría de uno de estos excelentes solitarios (alude á san Macedonio), el cual dijo, que las estatuas que habian sido destruidas, podían ser hechas de nuevo ; pero que, si se destruían las imágenes de Dios, haciendo morir á los hombres, no se podrían restablecer, por lo mismo que no podían resucitarse. »

« ¿ Quién no admirará la virtud generosa de estos grandes hombres ? Se vió, es verdad, á la madre de uno de estos prisioneros abrazada al caballo de uno de los jueces, y seguirle hasta el palacio, mostrando descubierta su cabeza, y sus cabellos grises. Admirabamos su ternura para con su hijo y la grandeza de su ánimo. ¿ Pero qué de

admirar es que hubiese dado su vida por salvarle? ¿Quién no sabe de lo que es capaz el amor de una madre? Mas los santos solitarios expusieron, por un exceso de caridad cristiana, su vida no solamente por personas á quienes no estaban unidas por los vínculos de la sangre, sino por aquellos cuyos nombres ignoraban, y á quienes no conocían sino por sus desgracias, y estaban tan llenos de compasión, que, á ser posible, hubieran dado mil vidas, por librarles de la muerte. »

« No me digais que no derramaron su sangre : no por eso son ménos dignos de estimación, puesto que se presentaron á exponer su vida. Sí al abandonar sus montañas, no se hubiesen hallado dispuestos á este sacrificio, ¿hubieran hablado con tanta libertad, y se hubieran mostrado con tanta firmeza ante los jueces? Ellos estuvieron todo el día á la puerta del pretorio para arrancar de las manos del verdugo á los que eran condenados á muerte. »

Después de exponer la generosidad de estos solitarios, y llevado san Juan Crisóstomo del ardor de su celo por la fé cristiana, se dirige á los filósofos paganos que tanta cobardía habian demostrado en esta ocasión : « ¿ Donde estaban, dice, los que llevan esplendidos mantos, crecida la barba y lujosos bastones? ¿ Donde estaban los filósofos, esos infames cínicos, que no piensan más que en los placeres de la mesa, y que son más miserables que los perros á quienes imitan? Todos abandonaron la ciudad, y fueron á ocultarse en las cavernas ; mientras que los que con sus obras demuestran que profesan la verdadera sabiduría, se presentaron en la ciudad como si nada tuviesen que temer. Los habitantes de las ciudades huyeron á los desiertos ; y los habitantes del desierto han venido á la ciudad, demostrando con sus obras lo que os dije hace algunos días, á saber, que la virtud triunfa de todo ; que ésta no se relaja con la prosperidad, ni se deja vencer por la adversidad, y

que permanece inmutable lo mismo en el gozo que en la tristeza. »

« ¿ Quién no ha cedido á la desgracia de los tiempos? Los principales ciudadanos, desconfiando de su prestigio para con el príncipe y de su propia opulencia, abandonan sus casas y sólo piensan en buscar un lugar seguro : los parientes y amigos se desconocen unos á otros. Pero en esta época de dolor y de lágrimas, unos pobres solitarios, que no tienen otros bienes que sus ropas, hombres incultos é ignorantes, que habitan las montañas y las selvas, vienen á consolar á un pueblo afligido y á impirarle confianza. Un día les ha bastado para llevar la tranquilidad á los espíritus y para volver á su soledad, semejantes á un guerrero que no tiene más que manifestarse y dejar oír su voz para poner en huida al enemigo. »

« Tal es la divina filosofía que Jesucristo ha venido á enseñar á la tierra : tal es su fuerza. Los comisarios del emperador respondian á los santos monjes, que lo que le pedian excedia á sus facultades, y que era muy peligroso dejar impunes semejantes atentados. Pero la constancia de esos santos varones no por eso se agotó, sino que alcanzaron de los jueces que practicaran las informaciones, y las enviasen al juicio del emperador, prometiéndose dulcificarle, y hasta, si necesario era, ir personalmente á implorar su perdón. »

« Dios imprimió en el corazón de los comisarios un respeto singular para con los que de tal manera suplicaban, hasta el punto que no pudieron resistir á la fuerza de su virtud. Quisieron evitarles las fatigas de un viaje tan largo, y les dijeron que escribiesen al emperador, prometiéndole unir las cartas á los expedientes, en la seguridad de obtener un éxito favorable. Estas cartas rebozaban heroica caridad, pues ofrecían su vida en precio de la gracia que pedian, y protestaban que no podrian sobrevivir á la

ruina de la ciudad. Retiráronse, pues, los jueces, llevando estas cartas: el emperador, oyó el relato de una acción tan heroica, cuya fama se extendió al punto por toda Constantinopla; por todas partes se decía que los monjes de Antioquía habían heredado la fé viva de los apóstoles, y cuando se procedió á la lectura de sus cartas en presencia de toda la corte, no pudo ménos de decirse que nuestra ciudad era dichosa, se atribuyó á extranjeros y gente perdida la causa de todo lo ocurrido, y se juzgó favorablemente de las costumbres de nuestros conciudadanos, atestiguadas por las virtudes de estos santos monjes. Ahora bien, puesto que su caridad ha tenido tanta eficacia para con los hombres, no nos desanimemos ¿cuanta no será la confianza que debemos tener en Dios? Propongamos tan hermoso ejemplo, cuando los infieles nos hablen de sus filósofos. La debilidad que hoy han demostrado estos es una prueba de que la virtud de que tanto han blasonado sus sabios no era más que una comedia, una ficción. Por el contrario, la conducta que han observado nuestros monjes demuestra que es una verdad lo que se nos refiere acerca de la constancia de san Juan, de san Pablo, de san Pedro y de los demás santos. De ellos han heredado el heroísmo, así como la piedad y la sabiduría. No necesitamos escribir para demostrarlo: los discípulos dan testimonio de los maestros. Pero fácil es convencer de hipocresía y de necia vanidad á los estóicos por la debilidad que en semejantes circunstancias han manifestado los que profesan sus doctrinas. »

San Pedro

... se formaron, pues, las piedras, llevando
 ... de un accion
 ... punto por toda
 ... se decía que los monjes
 ... de los apóstoles,
 ... en presencia
 ... de decirse que nuestra
 ... a extranjeros y gente
 ... lo ocurrido, y se juzgó favora-
 ... de las costumbres de nuestros conciudadanos,
 ... por las virtudes de estos santos monjes.
 ... puesto que su caridad ha tenido tanta eficacia
 ... con los hombres, no nos desanimemos ¿cuanta no
 ... la confianza que debemos tener en Dios? Propongá-
 ... tan hermoso ejemplo, cuando los iudeos nos habien
 ... filisofos. La debilidad que hoy han demostrado
 ... de que la virtud de que trato han
 ... una
 ... observado
 ... que se
 ... de san
 ... de san Pedro y de los demás santos. De ellos han
 ... heroismo, así como la piedad y la sabiduria.
 ... escribir para demostrarlo: los discípulos
 ... de los maestros. Pero fácil es convencer
 ... vanidad á los estóicos por la de-
 ... las circunstancias han manifestado
 ... profesan.

Tome 4.



Goussier del.

Imp. Ch. Cherrier a Paris.

Saint Pierre de Galatie.
San Pedro de Galacia.